



Ayuntamiento de
ALCOBENDAS

Por la boca
~~vive, sueña,~~
escribe el pez.



ÍNDICE

PRÓLOGO.....	2
¿ES MÁS FELIZ EL QUE MÁS TIENE?	5
ARENAL SOUND.....	7
AÚN QUEDA.....	13
DE VUELTA AL RECUERDO	25
DISTOPÍA	29
EL CHICO DE LA CASA MISTERIOSA	33
EL SILBIDO	39
EL TRATAMIENTO	42
EL ZORRO Y EL CONEJO	50
HASTA PRONTO.....	54
LA RELIQUIA ANCESTRAL	60
MI MEJOR AMIGO	64
MI PADRE ERA	68
UN PEREGRINO EN LA VIDA	70
UNA TARDE CUALQUIERA	75

PRÓLOGO

Tras escribir en la intimidad, el alumnado de la promoción 2023-2024 del 1º curso de Formación Profesional de Técnico Superior de Animación Sociocultural y Turística del IES Ciudad Escolar ha trabajado de forma conjunta para autoeditar este libro de relatos.

Conocerás un poquito a cada una de las personas que han participado para que disfrutes de esta creación cultural, tan diversa en géneros como bocas escritoras.

Gracias al Ayuntamiento de Alcobendas a través de la Concejalía de Cultura y, en concreto, del programa de Animación de las Mediatecas y al IES Ciudad Escolar y la implicación del profesor de Animación Sociocultural Pedro Carcajona Piris, quien define este proyecto como necesario diciendo: «De nuevo este curso volvemos a vivir la experiencia de ser prosumidores y creadores de cultura, demostrándonos a nosotros mismos que no solamente podemos ser aquello que esta sociedad consumista nos

conduce a ser: consumidores de productos culturales enlatados, envueltos en un marketing prodigioso. Hemos vivido este proceso de creación cultural propio de forma cercana, sencilla, ilusionante, desde la esencia de la profesión en la que nos formamos y creemos, la Animación Sociocultural; desde la filosofía de que nosotros y nosotras también podemos aportar, expresar y ser creativos, aunque no seamos artistas y literatos profesionales».

Gracias Camila, Eva, Sara, Mariu, Sylvia, Diego, Cotu, María, Carlos, John, Diego, Yago y Daniel por compartir parte de vuestro mundo.

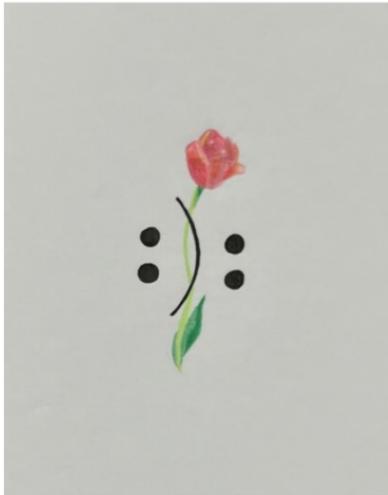
Espero que disfrutes de esta lectura tanto como lo hemos hecho durante su creación.

Pepa Hidalgo

Eva María García Pérez

Viajar a Ibiza con la brisa, en la noche,
donde puedo dormir y descansar.

En la discoteca, aunque no es una ludoteca.
Quien piensa en el futuro se pierde el presente,
en el negro donde se me ocupa la mente.



¿ES MÁS FELIZ EL QUE MÁS TIENE?

No es más feliz el que más tiene sino el que menos necesita.

La vida es conformarse con lo que tienes.

La felicidad es subjetiva, cada uno es feliz a su manera.

Hay gente que le hace feliz su conocimiento ya que el saber no ocupa lugar. Y esta felicidad es por la no ignorancia, debido a que la definición de ignorante es hacer siempre lo mismo esperando un resultado diferente.

Otra que vive rato a rato, es decir, momento a momento sin pensar más allá, porque el pasado es historia, el futuro es un misterio y el hoy es un regalo por eso se llama presente.

Lo que mejor define a una persona, son sus pequeños detalles del día a día y con esto puede lograr, aunque sea, una sonrisa. Por ejemplo, si una persona está triste, darle un abrazo.

Aparte somos seres humanos de compañía, necesitamos vivir en sociedad.

Dicen que el que no sabe vivir en sociedad o es una bestia o es un Dios.

Sara Cambronero Almech

Risueña y navideña
por la tarde al solecito
arropada cuando hace frío
como un bebé
recorrer en barco
el mundo negro
llorando de risa
en mi casa
junto a la soledad



ARENAL SOUND

Llegó el día, el lunes 31 de julio de 2023. Llevábamos esperando este viaje casi un año. El *Arenal Sound*, un festival que todos los años convierte a Burriana en una ciudad habitada por chavales entre los dieciocho y los veinticinco años. Nos llevaron nuestros padres al estadio del *Atleti*, al *Wanda*, donde salían una cantidad innumerable de autobuses oficiales del festival hasta Burriana. Me senté al lado de Andrea, una amiga a la que le encanta hablar con la gente y socializar. La conocí en segundo de la ESO ya que las dos íbamos por la misma rama de estudio, (sociales) y mi grupo de amigas iban por ciencias. Llegamos aproximadamente a la una de la mañana al recinto del festival, y empezamos a bajar de los autobuses. La sensación de calor de allí era horrible, notábamos la humedad en todo el cuerpo.

La recogida de maletas fue brutal, aquello era como las rebajas de navidad, ya que cada uno trataba de coger su maleta, su tienda de campaña, sus mesas y sillas, sus neveras, etc. Cargados hasta la cabeza, tuvimos que ir a validar las entradas para que nos diesen las pulseras para poder acceder a todos aquellos servicios que habíamos

contratado. Llegamos a la zona de camping y empezamos a montar las tiendas en plena oscuridad. Eran las cuatro de la madrugada, cada vez se nos cerraban más los ojos y la cabeza se nos caía. Poco después nos fuimos a dormir para poder disfrutar del festival, ya que duraba una semana, una semana de playa y fiesta.

Nos despertamos a las diez, chorreando de sudor, la humedad que había allí hacía que se nos pegase absolutamente todo, era una sensación que en Madrid no la tenemos. Aprovechamos para ir al supermercado a comprar algo de comida para poder ir alimentándonos poco a poco sin que las altas temperaturas estropearan las conservas que teníamos. Guardamos la comida y la bebida que habíamos comprado en las neveras y, por fin, nos fuimos a disfrutar.

Allí los bolsos y mochilas no eran necesarios, era suficiente con llevar bañador o bikini, unas chanclas, unas gafas de sol y el móvil con una funda acuática para poder comunicarse con los amigos en el caso de perderse. Llegamos a la playa y estuvimos tomando el sol, comimos fuera y luego volvimos a una carpa dentro del camping en la que ponían música a todas horas.

Ese era nuestro día a día durante el festival. El viernes, Andrea y yo nos separamos del grupo, ya

que previamente en julio habíamos estado en la playa y queríamos aprovechar las fiestas y conciertos del festival. Íbamos un poco a nuestra bola. Fuimos a la piscina a estar un rato y después fuimos a comer. Allí conocimos a unos chicos de Elche más mayores que nosotras. Ellos iban un poco a la aventura y nos dijeron que no tenían sitio en el camping, así que, como teníamos un hueco grande al lado de nuestras tiendas, les guiamos para que pudieran quedarse en ese sitio. Más tarde, quedamos con ellos para tomar algo y, después, ir juntos para ver el concierto de por la noche. Lo vimos con ellos y nos lo pasamos muy bien. Llegó un momento de la noche en el que el sueño nos estaba empezando a pasar factura. Me senté en el suelo en medio de otro concierto, me apoyé en el hombro de Andrea y me quedé dormida.

Decidimos irnos a las tiendas de campaña a descansar un rato, ya que llevábamos cuatro días durmiendo apenas tres horas diarias, y, en ese momento de la noche, sabíamos que no iba a haber nadie en el camping con música o haciendo ruido y que no iba a hacer tanto calor, por tanto, Andrea y yo nos levantamos del suelo y nos fuimos al camping.

Llegamos un rato después y, por fin, nos pudimos tumbar, Andrea en una tienda y yo en otra.

Estábamos las dos dormidas cuando, de repente, a Andrea le abrieron su tienda y entró uno de los chavales que habíamos conocido ese día.

Andrea tuvo una experiencia un poco desagradable, empezó a tiritar y le dijo que se fuese. Ella salió corriendo, se vino a mi tienda y nos quedamos las dos juntas hasta que dejamos de escuchar al chico fuera.

Vinieron dos amigos nuestros con los que habíamos venido de Madrid y fuimos a hablar con los de seguridad. Allí conocimos a Sandra, la inspectora que llevaba la seguridad del camping, que nos preguntó sobre los chicos que habíamos conocido y si teníamos alguna foto suya. Por suerte teníamos el usuario de Instagram del de aquella desagradable experiencia que tuvo Andrea.

Fuimos con los vigilantes de seguridad a decirles donde había pasado todo y Sandra nos aconsejó irnos con nuestros amigos al festival para no estar las dos solas. A las seis de la mañana del día siguiente acabaron los conciertos y ya nos fuimos todos juntos al camping.

Cuando estábamos durmiendo, aparecieron dos vigilantes. Dijeron que ya habían encontrado al chaval y que le habían cortado la pulsera del festival. Nos contaron que lo estaban buscando por otro suceso. Se nos quitaron aquellos temblores que teníamos y se nos deshizo aquel nudo en el estómago que nos había hecho tener esos nervios. Nos quedaban dos días de festival y, aunque tuvimos aquella desagradable experiencia, terminamos juntándonos con el grupo entero a disfrutar del festival por el que estuvimos casi un año esperando.

Mariu Aguilera

Escribir en soledad.

Abrazar a lo que vendrá.

Rosa creatividad.

Noche en los bancos de la plaza.

Encontrar el lugar al que pertenezco.



AÚN QUEDA

Bella estaba sentada en el sofá junto a Trent, su esposo, viendo una película. A ratos, Trent la hacía apartar la mirada de la pantalla para llenarla de besos, provocando que riera por lo intenso que estaba siendo esa noche.

—¿Me vas a dejar ver la película tranquila? Me estoy perdiendo la parte interesante por tu culpa— preguntó entre pequeñas carcajadas por las cosquillas que le estaba haciendo su nariz en el cuello.

—Ya la has visto muchas veces, amor— respondió dejando más besos por su hombro. Trent sentía que nunca tenía suficiente de ella, que necesitaba hacerla saber que la amaba cada segundo del día.

—Pero quiero verla otra vez y no me dejas. — Su voz estaba carente de reproches, pues estaba encantada con todos los besos que la estaba dando, pero no se lo diría o estropearía el juego.

—Es nuestra noche de amor, Bell, tengo que aprovecharla bien, no sé cuándo tendremos la próxima. —Trent la miró fascinado e hipnotizado por su sonrisa, lo que más le gustaba de ella, y acarició su mejilla antes de besarla tiernamente.

—Listo, que importa la película, te prefiero a ti. —Sonrió pícara, se lanzó a sus brazos y cayeron tumbados en el sofá. Él la abrazó riendo para seguir con los besos.

.....

Bella despertó de ese maravilloso sueño, un recuerdo muy preciado para ella, sintiendo ganas de llorar; últimamente no hacía más que eso.

Se dio la vuelta en la cama sabiendo que Trent ya no se encontraba en ella, mas se sorprendió al verle allí mirando a la nada.

Trent sólo pensaba en cómo habían cambiado las cosas entre ellos en solo unos pocos meses. Bella se negaba a dejar que la abrazara, besara o hiciera el amor, sus ojos ya no lo miraban igual y no sabía que había pasado para que fuera así.

Sin ganas, se levantó de la cama y fue al baño. Al salir, la vio sentada en la cama con lágrimas en los ojos y su corazón se encogió por ello.

—Sé tu secreto —dijo, mirándolo—. Sé la razón de que te vayas tan pronto por la mañana y vuelvas tan tarde. —Trent se asustó, lo había guardado tan bien.

—¿Cómo te has enterado? —preguntó logrando ocultar sus emociones. Si de verdad lo sabía...

—Es demasiado obvio, lo iba a saber tarde o temprano. —Él maldijo en su cabeza por no haber sido más cuidadoso—. Sé que tienes una amante. —Trent esperó pensando que había escuchado mal.

—¿Qué? —La miró como si se hubiera vuelto loca.

—Que tienes una amante.

—Si ya pensaba que habías perdido la cabeza me lo acabas de confirmar —rio sin rastro de humor—. No tengo ni idea de cómo se te podría ocurrir algo así.

—Deja de negarlo, sé que me estás engañando.

—Con mi mano te engaño, ya que no me dejas tocarte tengo que buscar mis propios medios. —Abrió la puerta del armario con enfado y sacó la ropa arrojándola en la cama—. No sé para qué sigo intentándolo, pensaba que todo esto sería momentáneo, pero ya veo que no. —Se vistió sintiendo la ira más intensa cada segundo que pasaba—. Cuando quieras decirme qué mierda te pasa hablamos, hasta entonces, dormiré en el salón. Me voy a trabajar en el proyecto que está

consumiendo mis energías. —Cerró la puerta con un portazo, asustando un poco a Bella.

—Trent —susurró a la puerta sin atreverse a seguirlo.

(...)

Trent llevaba semanas durmiendo en el sofá y Bella seguía sin decirle qué le pasaba. Estaba desesperado por ello, extrañaba tanto a su mujer de siempre, pero más extrañaba dormir con ella entre sus brazos.

Entró a la cocina a beber un poco de agua cuando sus ojos fueron al calendario, por casualidad, viendo que faltaban sólo unos días para su aniversario de boda. Suspiró rendido, casi cinco años de matrimonio y más cerca de que se desmoronara la vida que habían construido juntos.

Hacía tanto tiempo que no escuchaba las palabras te amo de su boca que no sabía si seguía allí. Ya no sabía nada referente a Bella y eso lo estaba matando.

Bella lo observó escondida desde el marco de la puerta, respiró para darse valor, pero no pudo reunir el suficiente para animarse a enfrentarlo. Sintió las lágrimas llenar sus ojos, impotente por

lo cobarde que era. Salió disparada a su cuarto buscando refugio en él.

Se dejó caer en la cama donde se hizo una bola y los sollozos llenaron el lugar en segundos.

No comprendía porqué Trent seguía allí, estaba haciendo todo lo posible para que la dejara y, sin embargo, parecía no ser consciente de sus intentos.

Creó que si lo acusaba de tener una amante se enfadaría tanto que la dejaría. Había estado saboteando su matrimonio durante meses y nada parecía surtir el efecto que ella quería.

—¿Qué está pasando, Bella? —Trent preguntó rodeándola con sus brazos tras acostarse con ella en la cama—. Dímelo. Todo estará bien. —Ella negó refugiándose en su abrazo—. ¿Crees que no sé lo que has estado haciendo los últimos meses? En las buenas y en las malas, pero, sobre todo en las peores, prometo estar siempre a tu lado —recitó uno de sus votos.

—Soy estéril. No puedo darte hijos —soltó sin anestesia. Trent se alejó por la sorpresa que esa noticia le produjo—. Por eso estaba intentando que me dejaras, mereces a alguien que pueda darte lo que yo no puedo. —Trent sintió más sorpresa, pero, sobre todo, ira.

—Lo has conseguido, Bella, me voy. —Trent se levantó y, con furia, azotó la puerta de salida, no podía creer la estupidez que Bella había sido capaz de decir.

Bella gimió antes de intentar ir tras él, pero de nada sirvió, ya se había marchado de allí. Cayó rendida en el suelo. Quería que se fuera, pero ahora que lo había logrado se arrepentía mucho. Su mundo se vino abajo en unos segundos y sólo le quedaba ver lo que ocurriría en los próximos días.

(...)

Trent suspiró antes de dejar el primer regalo sobre la cama. Siguió dejando regalos por el resto de la casa aprovechando que Bella no estaba en ese momento.

Ese día era su quinto aniversario. Después de unos días de pensar y reflexionar tomó la decisión de no rendirse con Bella, podían seguir construyendo algo tan bonito como los pasados años. Habían pasado meses malos por ella, pero él la seguía amando con tanta intensidad como el primer día.

Bella aparcó el coche. Sorprendida al ver el de Trent en su lugar, bajó emocionada y deseosa de

verle. Tenía tantas ganas de que la abrazara que tropezó varias veces con sus propios pies.

Al entrar en casa le vio allí, de pie, tan perfecto. Mordió su labio inferior conteniendo el sollozo que quería escapar de sus labios. Trent abrió los brazos en una invitación silenciosa que ella aceptó sin dudar. Se fundieron en un abrazo, el que los dos deseaban tanto, mientras en susurros Bella no dejaba de disculparse.

—Ya está, amor, no pasa nada —dijo Trent dejando suaves caricias en su espalda—. Estoy aquí y tengo muchos regalitos para ti. —Le dio un pequeño toque en la nariz sonriendo.

—¿Regalos? —Inclinó la cabeza confundida.

—Normalmente son los hombres los que olvidan la fecha de su aniversario. ¡Qué mal eso! —dijo jugueteón.

—Con todo lo que ha pasado lo olvidé por completo —dijo en modo de disculpa.

—No importa, amor. —Sonrió— Pero eso quiere decir que este año gano yo. —Bella rio asintiendo. Tenían la tonta competencia sobre quién se olvidaría del aniversario. Siempre perdía Trent, hasta ahora—. Comienza la búsqueda del tesoro. He colocado regalos por toda la casa. Para tener acceso al último y más importante debes

haber encontrado todos. ¿Aceptas el reto? —Bella sonrió antes de asentir; él besó su frente—. Te doy la pista para el primero. Si quieres más pistas para encontrar el resto te costarán tres besos cada una. —Bella soltó otra risa abrazándose más a él y Trent sintió un cosquilleo recorriendo su pecho. La había tenido tan cerca, pero, a la vez, tan lejos durante ese tiempo, extrañándola con locura. Sabía que las cosas mejorarían a partir de ese momento.

—¿Nos quedamos un ratito más abrazados? —preguntó haciendo reír a Trent, que la llenó de besos y caricias.

—Claro que sí, amor, todo el tiempo que quieras.

—Siento mucho todo, Trent —susurró. Él soltó un suspiro.

—Después tendremos tiempo para hablar de eso, amor. —Ella asintió sin separarse de sus brazos.

—¿Me das la primera pista?

—El primer regalo está en el lugar que más amor ha presenciado —dijo dándole una sonrisa con el doble sentido escrito en ella.

—Nuestra cama, obviamente —respondió riendo más.

—Obviamente, no podía estar en otro lugar de esta casa, no hemos usado más lugares —ironizó riendo también—. Espero que te guste el regalo. —La besó antes de dejarla ir a buscarlo.

—Seguro que me encantará porque me lo has dado tú —dijo saliendo por la puerta que daba a las escaleras.

Bella subió deprisa, emocionada por ver el regalo que Trent le había dejado. Vio una caja sobre la cama, la abrió y encontró un collar con una medalla en forma de corazón. Sintió su corazón rebosar de amor al leer la nota que había en la tapa: «Eres la otra mitad de mi corazón. Te amo hasta el fin».

—Trent —susurró una vez volvió al salón donde él la esperaba—, gracias, es muy bonito. — Se lo entregó para que se lo pusiera y él dejó un beso en su cuello cuando ya estaba colocado.

—Quedan unos cuantos, amor —sonrió.

—¿Me das una pista?

—Sabes lo que necesitas para ello. —Estiró los labios cual patito. Bella no pudo evitar sonreír antes de besarlo—. Pago realizado. El siguiente

está en el lugar donde he preparado todas nuestras cenas.

—¿En la cocina? —preguntó insegura.

—Casi, amor. —La bombilla se encendió en su cabeza, por lo que salió disparada a buscarlo. Abrió el horno donde había una bandeja llena de *cupcakes*; juntos formaban un mensaje: «Prometo que no dejaré de cocinar para ti». Agarró dos, llevándoselos a Trent—. La búsqueda no ha terminado aún, amor.

Los siguientes regalos fueron todos maravillosos: un peluche en forma de cangrejo, un frasco lleno de razones por las que la amaba, un vale por un viaje juntos donde ella quisiera y, su favorito, un puzle hecho con una de las fotos de su recuerdo juntos máspreciado, el día que la propuso matrimonio.

Llegó al salón con los ojos llenos de lágrimas no derramadas y lo abrazó todo lo fuerte que pudo.

—Oh, amor, no me llores —susurró Trent sobre su cabeza.

—Es que me he emocionado mucho, me han encantado todos los regalos. —Trent besó su frente.

—Me alegro de que te hayan gustado, amor. Sólo te queda el más importante de todos. —Se alejó un segundo para agarrar la caja que descansaba sobre el sofá y se la entregó.

Bella la abrió muy despacio, quería que eso durará todo el tiempo posible. Una vez abierto encontró un álbum y lo sacó para verlo. Todas las hojas estaban llenas de mensajes bajo las fotos de recuerdos que habían compartido.

Hacia la mitad, las hojas comenzaron a estar vacías, no comprendió la razón.

—Quiero que sigamos llenando este álbum con muchos más recuerdos, amor. No me importa que no podamos tener hijos, adoptaremos un perrito, un gatito o los dos. Con estar a tu lado me basta. ¿Crees que aún queda?

—Aún queda, Trent. Te amo hasta el fin.

Sylvia González Lozano

Recluida en esas alas envolventes

Esfuerzo día a día para caer entre rosas espinosas

Al igual que baby, me dejé llevar, pero sigo aquí...



DE VUELTA AL RECUERDO

Sin más pasó. Un estruendo fuerte retumba por todo mi cuerpo y mi ser. Un ruido parecido al de dos objetos chocando entre sí quedando hechos añicos.

No sabía qué hacer, ni a dónde ir. Me encontré solo y sin rumbo hasta que detrás de mí algo llamó mi atención, un resplandor muy tenue, algo cálido, parecía un pequeño camino.

Durante unos instantes dudé. Pero finalmente decidí ir a ver que era o, más bien, que ocultaba detrás de sí. A medida que avanzaba, la luz brilló con más intensidad y el entorno se volvió algo más cálido.

En ese momento sentí una sensación de incertidumbre y, a la vez, de alivio, ya que parecía como si, poco a poco, me estuvieran arrojando con una manta.

Cuando ya la luz me cubrió por completo, empecé a escuchar voces... Sorprendido por esa nueva sensación, mi cuerpo se detuvo en seco, atento a lo que podía escuchar, pero no ver.

Alcanse a reconocer pasos que iban deprisa pareciendo que venían hacia mí, muchas voces

alteradas, pero no logré comprender lo que llegaban a decir, metales muy finos chocando entre sí... Yo estaba ahí, parado, atento a lo que podía notar, hasta que un sonido retumbó por encima de todos, eran los latidos de un corazón que iban muy despacio, pero podía sentirlo. En ese momento reflexioné, puse mi mano derecha en mi pecho y se me paralizó todo el cuerpo como si un jarro de agua fría hubiera caído encima de mí. No latía, no tenía pulso y mi cuerpo emanaba frío.

Con el miedo en el cuerpo corrí, adentrándome más en la luz. Cada paso que daba para alcanzarla resultaba más brillante, resplandeciente y el ambiente, más cálido.

Avancé y avancé. Cuando ya me estaba quedando sin aliento, logré identificar una voz tierna y dulce, pero su tono desprendía miedo, como si tuviera un nudo en la garganta. Aun así, logré entender quién era y lo que decía. Sin dudar lo corrí y corrí con todas mis fuerzas hasta que me envolvió por completo.

De nuevo, todo se quedó en un completo silencio hasta que, de repente, sonó:

—Pi pi pi...

Abriendo los ojos poco a poco y costándome

reaccionar, puse mi mano en mi pecho y, soltando un respiro de alivio, pensé: ahora sí late. Cuando me di cuenta algo sostenía mi mano y giré la cabeza poco a poco. Con lágrimas en los ojos vi a mi madre y solamente me dijo:

—Después de tanto viaje vuelves a estar entre nosotros, mi pequeño melocotón.

Mamen Nieto Bonal

Me llamo y me llaman Mamen,
a veces Carmen (muy pocas) ...es como de
señora...

¡¡Soy Vital, teatrera y una viajera de la vida,
ojalá nos encontremos en el camino!!

Dicen, que soy hiperactiva...no sé: canto, bailo,
no paro de crear cosas, no paro quieta; lo mismo,
un poco.

Y sobre todo soy la reina de los besos ...los besos
de colores.



DISTOPÍA

El suelo está frío y yo desnuda,
el suelo está sucio y yo brillaba,
el suelo está mojado y yo nadaba,
el suelo está triste y yo soñaba...
el suelo, mi horizonte, mi nada.
La nada está vacía y yo buscaba,
la nada está tan sola y yo, cegada,
la nada está dolida y yo, olvidada
Mi nada está repleta de suelos de rayas.
Las rayas son torcidas y yo, preparada,
las rayas son negras y yo, como el alba,
las rayas son sonoras y yo, enganchada,
las rayas son simétricas y yo bailaba...
las rayas son, una y otra vez, mi alma.
Mi alma se despierta y yo cantaba,
mi alma se endurece y yo pintaba,
mi alma se derrite y yo saltaba,
mi alma se retuerce y yo, mi vida,

mi vida en este lugar,
mi vida donde nunca pasa nada,
mi vida paralela,
mi vida de rayas,
mi vida en el suelo,
mi vida, mi nada.

Diego A. Villanueva Guevara

Mi momento favorito del día, son las seis de la tarde, ya que me gusta esperar y disfrutar de los atardeceres.

Tengo el temor de que un día me muera sin ver, alguno por última vez.

Luego al llegar la noche el cielo se torna de un color morado el cual me tiene enamorado.

Cuando duermo, tengo el sueño de que siempre estoy en un mundo muy malagueño.

Las buenas voces me dicen por todo lado que yo estoy muy volado.

Me muero por viajar por todo el mundo.

Siendo mi deseo más oculto, el poder tener una cafetería de ensueño.

Si por mi estuviese en mis manos, desearía comer mucho y estar delgado.



EL CHICO DE LA CASA MISTERIOSA

Era la tarde de un miércoles, en un taxi estaba Izan, un chico adoptado que iba a la casa de sus tíos a un pueblo lejano de la ciudad. Su madre adoptiva tenía que enviarle allí para que pasara las vacaciones de verano.

Como el chico era bastante tímido, sus tíos no tardaron en recibirlo de la mejor manera para que se sintiera cómodo. A la mañana siguiente, fueron con él a inscribirlo en un campamento para los chicos del pueblo.

Los demás chicos eran amables, pero él no estaba bien, se sentía deprimido y confundido, guardaba unos pensamientos de que su madre adoptiva quería deshacerse de él y que sólo lo habían adoptado para que pudiera recibir un subsidio por la adopción, al menos eso es lo que pensaba, ya que había encontrado una carta que decía eso, pero nunca le preguntó directamente.

Se peleó con un chico que tenía una actitud presumida, y escapó del campamento.

Cansado de tanto andar llegó al lago, donde vio una enorme casa. Allí, desde lo más alto,

observó a un chico que se divertía con su perro, además había mucha gente dentro, como si hubiera una fiesta. Él, curioso, se acercó con un bote que encontró. Subió a la pequeña meseta, pero resbaló casi al llegar a la cima. Por suerte, el chico que vio antes lo salvó, le dio comida y se empezaron a conocer. El chico se llamaba Paco y dijo que hacía poco tiempo que estaba viviendo aquí. Empezaron a jugar y a pasear en el lago.

Izan iba siempre a encontrarse con su amigo para jugar. Había encontrado una persona con quien conectó rápido, y, poco a poco, se fue volviendo especial. Hubo una noche que Paco lo invitó a una fiesta que organizaban sus padres. Aunque Izan no tenía ropa para la ocasión, decidió ir con sus mejores galas. Una vez allí sintió mucha vergüenza y se tapó el rostro.

Para la fiesta Izan llevó flores que había recogido de casa de sus tíos, eran unas flores amarillas muy hermosas.

Al entrar se encontró con un montón de gente de alta alcurnia que, al ver las hermosas flores, y pensaron que se trataba de un florista, así que todos le compraron el ramal, que en un principio era un obsequio, Paco le dijo que lo aceptara.

Después, se fueron a jugar con el perro, pero tenía una nana que era muy amargada y quería que el chico se fuera a dormir. Él desobedeció, la encerraron en el cuarto y se fueron para afuera.

Justo al bajar de nuevo a la fiesta, vio que venía una bella chica de nombre Sofía. Era su prometida, así que bailaron. Izan se sintió desplazado por un momento y se sintió incómodo, así que los miró mientras retrocedía, hasta que se fue de vuelta a casa.

Él estaba fastidiado con Paco, pero igual decidió ir en la mañana para darle unas disculpas. Al llegar al lugar se topó con que no había nadie, la casa estaba como muy empolvada y abandonada. Decidió entrar a la habitación de Paco, pero sólo había libros empolvados y la cama antigua. Al revisar, encontró el diario de Paco y decidió leerlo, pero le interrumpió una niña que entró a la habitación. La niña le preguntó que si conocía a Paco, porque había encontrado su nombre y cosas en toda la habitación. Le explicó que ella se estaba mudando a esta casa con su familia. Izan no podía creer ni entender qué estaba pasando.

Al finalizar la tarde, descifraron el diario, el cual decía que Paco vivió en esa casa hacía

cincuenta años, era hijo del Barón, que había comprado la casa como lugar de vacaciones.

También se enteró de que la persona que había conocido semanas antes y con la que entabló una gran amistad, se trataba de su abuelo. Por alguna extraña razón que él mismo no podía explicar, había conocido a su abuelo y entendió la historia de su vida, pues resultó que su abuela Sofía enfermó y nació la madre de Izan. Ella no quería saber nada de su hijo, así que su abuelo Paco lo cuidó hasta sus últimos días hasta que no pudo y tuvo que ponerlo en adopción.

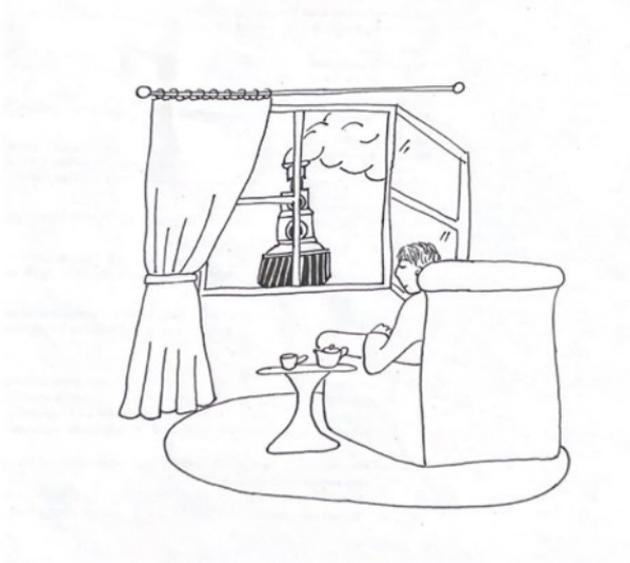
Tras descubrir la verdad, Izan decidió aceptar su vida y agradecerle a su abuelo haberlo cuidado desde siempre. Cuando volvió a casa de sus tíos, había llegado su madre adoptiva, la cual le abrazó muy fuerte. Esta le dijo que ya era momento de irse, pero que había averiguado cosas de su antigua familia y que había estado reuniendo dinero, aparte de lo que le daban de ayuda por la adopción, para que pudiera tener una vida mejor y, cuando cumpliera los dieciocho, le daría ese fondo para él. Izan lo entendió todo y se dio cuenta de que las cosas no eran como él pensaba, así que abrazó con más fuerza a su madre, notando que en realidad siempre le había querido desde que su adopción.

Desde entonces, Izan fue cada verano a casa de sus tíos a pasarlo bien con sus nuevos amigos en el pueblo.

Cotu Afonso Zamora

Escuchando la armonía de mi soledad,
recuerdo mi feliz llegada a esta casa llamada
Madrid.

La lava que salía de mi garganta,
ahora se enreda cual lana.



EL SILBIDO

Me encontraba sentado en el reconfortante sillón aterciopelado del salón. Pensaba y me debatía en elegir mi próximo movimiento ante todas las posibilidades laborales que me daba la vida. Aunque me sintiera casi al punto del ensimismamiento, mis deducciones fueron tomando un segundo plano. Fue entonces cuando escuché un leve silbido que provenía de la cocina. Me levanté del sillón y me encaminé hacia ella intrigado. Justo antes de llegar, volví a escuchar el mismo sonido con aproximadamente la misma duración. Aligeré el paso. Al llegar, me sentí apretado entre las dos encimeras situadas en ambas paredes de la estrecha habitación. A pesar de ello, avancé por el corto pasillo que me proporcionaban estas y miré tras la ventana las vías del tren. En ese momento, un minúsculo vehículo ferroviario se alejaba por los raíles dejando tras de sí un pequeño hilo ahumado que desapareció a los pocos segundos. Resoplé para mí mismo, no recordaba que ese era su recorrido habitual. Retrocedí sobre mis pasos con el objetivo de volver al salón con mis pensamientos, pero, en ese instante, antes de cruzar el umbral de la puerta, volví a escuchar el

mismo pitido leve una tercera vez. Sin dejar que cesase, giré hábilmente la cabeza para prestarle atención plena. Descubrí que realmente el sonido provenía de la tetera. Esta estaba posicionada en uno de los dos fogones de la pequeña vitrocerámica. Con cuidado, me acerqué hasta ella y rocé mi mano sobre la superficie. No emanaba ningún calor. Con gran extrañeza la cogí con las dos manos. Estaba fría, como si nunca se hubiese hervido agua en ella. De repente, un nuevo silbido me hizo soltarla de golpe y que cayera al suelo. No entendía cómo era posible que pudiera producir ese chirrido... estaba fría. Me agaché a cogerla. Mientras me levantaba, un sonido aún mayor parecido a un estallido, volvió a aparecer, esta vez aún más fuerte, y que provenía desde el exterior. Alcé la vista hacia la ventana. De repente, el pequeño tren había aumentado de tamaño y se dirigía a toda velocidad hacia la cocina, hacia mí.

Desperté de un salto. Escuché el pitido y apagué la alarma. Desde aquí, justo aquí sentado en el sillón, puedo ver la estación de trenes.

Pedro Carcajona Piris

Tomando un café en Burgstrasse,
la tarde se me escapa y yo intento atraparla
en el color morado de mis reflexiones,
que plasmo en un papel impaciente,
desnudo;
así sonrío a la vida,
siempre acompañado.



EL TRATAMIENTO

Una mañana me desperté con todos los huesos rotos y la casa sucia, destartalada, abandonado su cuidado durante meses. Los mismos pantalones de pijama raídos, la misma camiseta maloliente, la misma chaqueta de lana de color azul marino amplia y calentita que ella me regaló un día ya lejano.

Mis pies se posaron en el suelo y un escalofrío me recorrió el cuerpo. Dormía con las mismas sábanas desde el mes de julio; no recordaba dónde estaban las mantas, ¿o acaso me importaba? La chaqueta azul marino me protegía del frío también durante mi agitado sueño.

Demasiada luz colándose por las ventanas del dormitorio. Otra vez había dejado las persianas subidas; ella no lo hubiera consentido en pleno invierno.

Me arrastré al servicio. Sentado en el váter, de nuevo el mismo paisaje desolador: su cepillo de dientes en el vaso sobre el lavabo, la acetona que dejó olvidada ese día encima del taburete del

baño, su toalla colgada descuidadamente de los ganchos tras la puerta.

Suspiré antes de levantarme de la taza y una bocanada de su perfume de verbena vino a mí. No era posible. Había pasado ya mucho tiempo desde aquella madrugada asfixiantemente calurosa.

Fue entonces, al izarme y sentir su perfume favorito, cuando empecé a notar que mis huesos estaban desencajados, desde el puzle óseo del cráneo hasta los tarsianos, los metatarsianos y las falanges de los pies. Me dolía. Nunca hasta entonces había sentido esa molestia tan punzante que casi me llevaba a desmayarme. Sentí otro escalofrío. Me sujeté en el marco de la puerta del baño. Di unos pasos torpes mientras sentía crujir y tambalearse todo mi esqueleto, como cuando se agitan vigorosamente los dados en un cubilete para lanzarlos sobre el tapete de juego.

Esto debía ser grave. Había llegado el final. Me encontrarían tirado en el suelo de mi casa, esa superficie mugrienta y cubierta de pelusas y polvo, con mi barba descuidada, mi pelo grasiento y mi cuerpo descoyuntado en una postura absurda: un brazo por un lado, el otro por

otro, la pierna sobre la cadera, la cabeza vuelta hacia la espalda...

Sin embargo, podía seguir caminando, a pesar del intenso dolor en el interior de todo mi organismo. Inspiré a duras penas y avancé impulsado por el fresco olor a verbena, que se repartía por toda la fría casa: muebles desvencijados, ropa por encima de las camas y del sofá, flores marchitas en un jarrón de agua verdosa, sartenes y vajilla acumuladas azarosamente en la pila de la cocina y, junto a ella, mi teléfono móvil. ¿Tendría carga todavía?

El personal de emergencias no tuvo dificultad para entrar en casa, la puerta estaba abierta desde aquella mañana que me lanzó ese beso volado y se marchó precipitadamente. No puedo ni imaginar qué pensarían de ese desaguisado en que se había convertido mi hogar. Se hicieron paso a duras penas entre la suciedad y la desesperanza que había acumulado.

Supongo que me encontraron en mi sillón favorito, el rincón más oscuro de la vivienda, me preguntaron mi nombre, cómo estaba, en algún momento notaron la flojedad de mis miembros, la ausencia de una estructura ósea sostenedora,

pero dudo de que percibieran el sutil perfume a verbena. Me metieron en la ambulancia, me llevaron a urgencias y me hicieron múltiples pruebas.

Recuperé la conciencia en un box de la amplia sala de urgencias de un hospital. Una vía en un brazo. Barba afeitada. Sin ropa interior, sólo con un fino camisoncito. Hacía frío y echaba de menos mi segunda piel, esa chaqueta azul marino de lana tan calentita. Ya no olía a verbena, sino a desinfectante. No tenía dolor: los analgésicos habrían hecho su labor. No obstante, mis huesos seguían rotos, mi esqueleto desarmado, mi estructura ósea destrozada como las piezas de un Lego esparcidas por el suelo.

—¿Y cómo voy a curarme de esto, doctor? Estas fracturas son tan extensas que voy a necesitar años de reposo y fisioterapia.

El doctor se mantuvo en silencio tras sus gafas de pasta anticuadas, su barba canosa y las arrugas de sus desvelos vocacionales. Me sostuvo pesadamente la mirada y, de forma inesperada y breve, me sonrió. Se volvió hacia su ordenador, tecleó rápidamente durante más de dos minutos sin dirigirme la palabra y me entregó el informe

médico con el tratamiento que acaba de salir de su impresora.

Lo cumplí a rajatabla. Unas semanas en aquél pequeño hotel de La Habana, donde la conocí, paseando por las mismas calles que nos habían descubierto los secretos de cada uno de nosotros. Cada día, de fiesta por los cafés y locales con música en directo de La Habana vieja. Cada noche, desnudo en una playa del este, sexo fácil y sin complicaciones.

Otras semanas en Dublín, alojado en el *Bed and Breakfast* en el que trabajé con ella durante un par de años, frente al bloque de apartamentos en el que iniciamos nuestra vida en común. Me emborraché con los viejos amigos que aún quedaban por allí en nuestros *pubs* favoritos de *Temple Bar* y, después de cantar hasta desgañitarme con los turistas italianos y británicos todas las canciones que me recordaban a ella, recorrí a cuatro patas la avenida *O'Connell* para llegar a la cama.

Casi un mes entero en Berlín; me dejé cuidar en casa de los acogedores amigos que habíamos hecho cuando, por motivos laborales, la seguí a Alemania para pasar cuatro años allá. Habían

cerrado nuestra pequeña y acogedora cafetería de *Burgstrasse*. Ya no volvería a probar esa tarta casera con semillas de amapola que solíamos compartir bebiendo un *capuccino* caliente. Nuestro apartamento estaba habitado por otras personas, como comprobé muchos anocheceres apostado en la acera de enfrente, contemplando a extraños moverse tras las ventanas de nuestro hogar de *Höhlestrasse*.

Y, así, las dosis terapéuticas de diferentes lugares, momentos, recuerdos y descubrimientos fueron ensamblando tibia, peroné, cúbito, húmero, sacro, lumbares, clavícula, mandíbula... El tratamiento llegó a su fin.

Al abrir de nuevo la puerta de mi casa ya no olía a verbena. Alguien se había ocupado celosamente de limpiarla, arreglarla y deshacer todo el desaguisado en el que se había convertido ese lugar. La ropa estaba ordenada y limpia en los armarios, la chaqueta azul marino, doblada escrupulosamente encima de la cama. Los muebles destrozados habían desaparecido, las ventanas relucientes dejaban pasar la intensa luz del mes de julio tras las cortinas nuevas. Sus cosas ya no estaban.

Antes de sentarme en mi sillón, deposité la maleta en el suelo del recibidor y lo trasladé a un lugar más luminoso, cerca del ventanal. Después, coloqué en la mesa del salón, donde antes estaban las flores marchitas, el ambientador con olor a lavanda, mi perfume favorito. Lentamente me dirigí a mi sillón disfrutando de la sensación de mis articulaciones y mis huesos funcionando en sintonía.

María Simón Lázaro

La gracia de un jugador profesional,
El jardín negro me da miedo,
Duermo hasta el quinto centeno,
Paciente espero con queroseno,
Irme a dormir es un cluedo,
Las Bahamas me esperan con un trueno.



EL ZORRO Y EL CONEJO

Había una vez un bosque en medio de la nada que estaba perdido en un monte. Amanecía en el prado próximo y los conejos saltaban por los matorrales. El conejo más viejo le dijo al más joven que tenía que saltar cerca de él, pero el conejo joven no quería porque ya estaba saltando al lado de otros conejos. Después, se dio cuenta de que el conejo viejo le quería ayudar y quería que participara en sus paseos. Los otros conejos empezaron a participar porque se daban cuenta de que había buen ambiente. Pero apareció un zorro rojo de la nada y dijo que los paseos se los iba a dar con él. En el fondo, el zorro rojo no quería mal para nadie, pero buscaba estar cerca del conejo joven. El conejo viejo y el zorro se hicieron amigos y el conejo joven no se lo pensó dos veces y se unió a su vínculo afectivo.

La cría del conejo joven estaba a salvo y los dos se encontraban bien y resguardados. Las criaturas no tuvieron que abandonar su madriguera y pudieron permanecer a salvo. La fauna que se encontraba a los alrededores se empezó a centrar en sus propias relaciones. No tenían relación con el conejo joven, pero después de conocer al conejo viejo, le empezaron a respetar más. El zorro rojo

se hizo con el poder otra vez, pero no se le olvidaban los nuevos amigos que conoció. Todos los animales, vivían en armonía y con un respeto mutuo. El conejo joven les enseñó la palabra, ya que la aprendió previamente en su pasado. Como siempre, el conejo joven fue amable y cuidó a los demás conejos, por lo que la gente le apreciaba. El zorro se dio cuenta de que el conejo joven era una persona querida y le dejó irse con los demás conejos. El resto de los conejos le dijeron al zorro que se portara bien con el conejo joven, aunque no tuvieran relación con el conejo viejo, porque querían el bien común. Por eso el zorro, que sólo quería proteger a su familia de zorros, también se empezó a portar mejor. Ya previamente le dijeron los otros conejos que al conejo joven había que cuidarlo para que pudiera crecer como criatura y alcanzar la madurez. El conejo joven consiguió estar resguardado en su familia también y ellos se reconciliaron, aunque manteniendo sus distancias.

El zorro veía al conejo joven contar su cuento a otros conejos y le parecía bien. Sabía perfectamente que el conejo joven era luchador y buscaba estar bien también. El zorro le dijo al conejo joven que le iba a dar otra oportunidad, pero esta vez iba a ser más amable. Todos los conejos le decían al zorro que tenía que ponerse

en la piel del conejo joven y compartir más con él. Ellos decidieron seguir contactando con ambos, zorro y conejo joven, y tratarlos por igual. Aunque el conejo joven fuera un simple paseador, los demás conejos no dejaban de ser paseadores. Pero el zorro no quería al conejo joven, no, le quería y deseaba lo mejor para él. Sabía que todo tipo de llamadas podían perjudicarlo, entonces sólo le dejó llamar a algunos números. Los otros conejos se limitaron a hacer solo ciertas llamadas porque no querían ser cazados. Todos sabían que esas llamadas podían ser comprometidas, pero dejaron de serlo después de otros comunicados que ocurrieron. El compromiso se desvaneció y se relajó en una gota de rocío. Las carreras de torneos entre conejos empezaron a ocurrir con frecuencia. Algunos siendo almas caritativas en ciertas ocasiones y viviendo nuevas experiencias.

Camila Miluzka Rodríguez Zapata

Escuché en silencio la brisa del mar
en un cielo azul y violeta.

Mirando y bailando en la lluvia con la
soledad de la playa sin límites y sin miedos.

La música es mi mejor compañía en mi
camino y en mis lecturas.



HASTA PRONTO

Una tarde de verano, dónde cada cierto tiempo se reúne toda mi familia, las risas, las historias, la música y el aburrimiento de mis primos y mío empiezan a surgir durante toda la tarde, yo sólo pensaba: «En serio, sea lo que sea que estén haciendo, quiero ir a jugar con mis primos ¡ya!».

Tengan en cuenta que yo sólo tenía apenas once años, no me juzguen, ¿ok?, soy mortal igual que ustedes.

Cuando estaba a punto de quedarme dormida en la esquina del mueble, empecé a escuchar *Quimbombo*. Así que reprimí una pequeña sonrisa, porque desde que tengo memoria, mi papá y yo tenemos la costumbre de bailar esa canción.

(Quimbombo que resbala pa' la yuca seca)

(Quimbombo que resbala pa' la yuca seca)

Seguía teniendo los ojos cerrados cuando continué escuchando la canción de fondo, no podía abrirlos, ni mucho menos podía reírme, sería una falta de respeto súper grande para toda

mi historia de drama que había construido con mucho esfuerzo y dedicación.

(Quimbombo que resbala pa' la yuca seca)

La verdad es que nunca entendí la letra, pero el ritmo era muy contagioso, no lo iba a negar.

Y es en ese momento en el que abrí los ojos y vi a mi papá que me estaba estrechando la mano con su cuerpo seminclinado hacia mí.

¿Qué podía hacer? Soy un ser débil, tengo que admitirlo. Así que, con una sonrisa de oreja a oreja y con los aplausos de mis familiares, empecé a bailar con mi papá durante toda la canción.

A los trece años estaba terminando mi ciclo educativo. Estaba en un recreo con mis amigas en el patio cuando vimos un grupo de estudiantes reuniéndose. Ese círculo crecía junto a los aplausos y la música.

—¿Nos acercamos? —Me dijo mi mejor amiga del colegio.

Asentí con la cabeza y, sin dudarlos dos veces, fuimos. Había aproximadamente seis personas moviéndose de una forma tan irreal que pensé: «¡Wow! Quiero bailar como ellos».

Al final de la pequeña actuación que habían hecho, empezaron a promocionar su grupo de baile, comentando los beneficios que tendríamos si íbamos.

Fue en ese momento clave en el que empecé a conocer y a bailar otros estilos de baile que, hasta ese momento, yo sólo admiraba por videos u otras personas.

Al pasar un año yendo y siendo constante, ya lo había tomado como una rutina: del instituto a casa y de casa al estudio de baile.

Un jueves del mismo año, nos tocaba la clase de *hip hop* con *house*, el sonido repetitivo de los bombos de la batería. Los pasos que hacían eran tan alucinantes que hasta yo me asombraba de lo que podía hacer.

—¡Chicos! Zapatillas y al centro. —Eran las típicas frases para animarnos y acercarnos.

Al sonar la música mientras el profesor estaba diciendo las indicaciones, me miraba en el reflejo del espejo, que media el triple que yo, y pensaba: «Vamos, vamos, Cami, tú puedes».

Así que, al pasar la clase, teníamos que hacer una coreografía en solo, yo casi nunca había hecho uno. Aunque sabía que no me iban a juzgar, siempre tenía ese temor de equivocarme,

pero en esa pasada me prometí que tomaría ese reto y saldría a ver qué pasaba, igual no tenía nada que perder (porque la dignidad ya la había perdido, cuando bailaba con mis amigos).

—¡¡Vamos Camii!! —me alentaban mis amigos.

Me acerqué al centro de la pista y, en el momento de mirarme al espejo, cerré los ojos. Quería experimentar cómo se sentía poder tomar el control.

Había ido con el cabello suelto y, cada vez que me movía al ritmo de la música, sentía como mi cabello lo hacía. A pesar de que mis amigos estaban gritando, dándome ánimos, me centré únicamente en la música y en los movimientos que hacía.

Desde ese momento ya no tuve miedo a equivocarme y pude disfrutar de los errores, de la compañía de mis amigos y de cada clase.

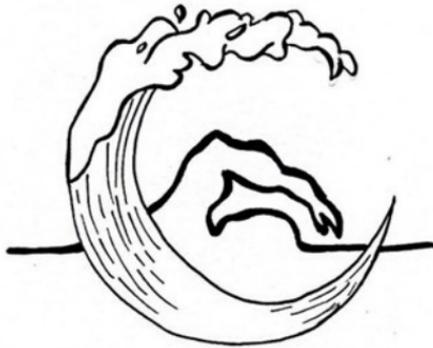
Pero en la vida todo tiene un punto final. El mío fue decirle «Hasta pronto» a lo que más amaba y disfrutaba en la vida.

Esto tiene que ver con un viaje a España sin fecha de retorno. Le dije «Hasta pronto» al lugar que me vio crecer: tanto como persona y como en el mundo del baile, «Hasta pronto» a mis

amigos y «Hasta pronto» a los profesores que me dieron la oportunidad de pertenecer a su grupo de danza, pero, a pesar de todo, les digo gracias y «Hasta pronto».

Carlos García Bermúdez

Huyendo de la soledad
para no sentirme tan mal.
Permanentemente reflexivo
tratando de entender el
complejo mundo en el que vivo.
Inconformista desde niño
al igual que fan de los videojuegos.



LA RELIQUIA ANCESTRAL

Era una tarde fría, las copas de los árboles se zarandeaban ligeramente de lado a lado por el viento, el cielo estaba gris y chispeaba. Nada fuera de lo habitual para el campamento de mercaderes y artesanos situado en un valle entre dos grandes montañas. Cuando apareció una mujer que procedía de una tierra lejana, o al menos eso era lo que parecía por la forma en la que vestía y caminaba, además de llevar un bastón grabado con runas de arriba abajo excepto en el punto medio, que era por donde lo tenía agarrado esta intrigante mujer. Todo el campamento se quedó paralizado ante su presencia. Sólo hubo una persona que se atrevió a dirigirle la palabra: la sacerdotisa del campamento, Akara.

Parecía que no era la primera vez que se veían, puesto que esta mujer misteriosa entró en la cabaña de la sacerdotisa en cuestión de minutos, mientras que a ninguno de los mercaderes del campamento se les había permitido entrar desde hace años.

El joven hijo del herrero fue el único que se atrevió a mirar por la ventana de la cabaña, probablemente lo hizo animado por su curiosidad y su inocencia. Cuando se asomó, vio

como la mujer misteriosa sostenía una bola de fuego con la que quemó un largo pergamino. Entonces el niño entendió que la mujer era una hechicera, ya que su padre le había hablado de ellas en los cuentos que le contaba antes de dormir. El largo pergamino que quemó la hechicera era un contrato inquebrantable que sólo poseía la orden de sacerdotisas, contratos que, de no ser cumplidos, absorberían la magia de las hechiceras por completo y de los que brotaría un árbol en recuerdo del poder que tuvieron y no supieron utilizar. No tardaron mucho en darse cuenta de que el niño estaba espiándolas. Acto seguido, la hechicera hizo un sutil gesto con la mano y cerró la ventana de golpe. El niño, asustado, salió corriendo hacia la herrería de su padre y no salió de ella en los días siguientes.

Cuando calló la noche, los mercaderes vieron salir a la hechicera del campamento para adentrarse en el bosque maldito. Los mercaderes se miraron aterrados y se escuchaban comentarios como: «Está loca», «Ha perdido la cabeza»... Y con razón tenían tanto miedo de simplemente pensar en las criaturas que habitaban en el bosque, al fin y al cabo, todos los supuestos héroes lo suficientemente ingenuos para adentrarse en ese bosque en los últimos años no habían vuelto con vida.

¿Cuál sería el motivo por el que tantas hechiceras arriesgaban su vida para entrar en dicho bosque? La respuesta a esa pregunta la conocía una sola persona, la sacerdotisa. La misma sacerdotisa que se aseguraba de concienciar a todos los mercaderes de que cualquier intento de entrar en el bosque maldito era sinónimo de una muerte cruel y dolorosa a manos de las criaturas que habitaban en este.

La sacerdotisa sabía que en el bosque se encuentra una reliquia ancestral, creada por uno de los tres arcángeles superiores a los que rinde culto la orden de sacerdotisas, y sabía que esta reliquia era la clave para proteger el campamento de la fuente de corrupción que emanaba del bosque maldito, por eso había enviado a lo largo de los años a diferentes hechiceras, pero sin éxito a la hora de recuperar la reliquia. ¿Sería la hechicera la primera que consiguiese salvar al campamento o sería simplemente otra persona lo suficientemente ingenua para adentrarse en las profundidades del bosque para no retornar y caer en el olvido?

John Lawrence Oribio Basa

La gracia de un jugador profesional
rápidamente siendo funcional.

Con el balón en el aire
mientras espero a golpearle.
En el metro leyendo interesado
lo que en el manga ha pasado,
llegando a la iglesia emocionado
con la palabra de Dios en mano.



MI MEJOR AMIGO

Distintos recuerdos me pasan por la cabeza cada vez que mencionan a mi mejor amigo, como aquel día que me acompañó de vuelta a casa después de una fiesta. No me criticó por estar borracho ni por decirle tonterías constantes, siempre estuvo para mí. A veces se paraba a descansar y otras veces me decía de esperarle porque se iba a hacer algo y siempre le esperaba, dando igual lo que tardase, ¿siete minutos, diez? Porque siempre volvió con mayor energía a por mí.

También me encanta contar que, con las pocas veces que se disfraza, siempre me da mucha risa, porque tan sólo se disfraza en dos momentos: *Halloween* y Navidad. Porque los demás días va igual, combinando azul, rojo y blanco, que le encantan. En cambio, su disfraz de Halloween es espeluznante porque va de negro, conteniendo dibujos de calabazas, arañas y telarañas que contrastan con la vestimenta oscura que lleva. A mí me encanta porque se pasea con ello a todas partes y a todo el mundo le gusta: le graban vídeos, se toman fotos con él, y siempre está contento cada vez que logra asustar a alguien por sorpresa. Ese salto de

miedo y ese sudor frío que les cae de la cabeza y ese pequeño escalofrío que les recorre por el cuerpo con la pequeña brisa que provoca al pasar... esos momentos son muy agradables.

Pero el de Navidad no se queda atrás, ya que este disfraz es muy encantador. Siempre, pero siempre, se pone luces, luces en forma de estrella, árbol, esferas navideñas... y, al igual que con el disfraz de *Halloween*, destaca donde quiera que pase, pero esta vez de manera positiva, los niños no lloran al verle, sino que se alegran, y todo el mundo se para para contemplarle y cantar alguna que otra canción navideña.

Lo que más me gusta es que siempre me lleva a todas partes a pesar de lo lejos que esté. Siempre y cuando esté cerca de Madrid es capaz de llevarme, ya que en otros lugares como Barcelona o Filipinas se le complica, pero si se tratara de Madrid, me llevaba sin pensárselo dos veces, y eso me encanta, ya que pasamos mucho tiempo juntos durante cada viaje que hacemos.

Pero, bueno, no todo es siempre de color de rosa en una amistad. Hay momentos en los que puede ser muy brillante y otras en las que puede ser un poco más oscuro, otras veces me puede transmitir calor o frío y, en otras, desearía que no

fuera tan conocido, porque siempre hay alguien que nos molesta cada vez que estamos juntos, pero, bueno, él es así, bondadoso y energético, que siempre ayuda a todo el mundo en todo lo que les suceda.

Y, por si no se ha dado cuenta nadie... ¡Oh, sí!
Mi mejor amigo es el METRO.

Diego de Miguel Uribe

Estás en casa de tu abuela
por la tarde,
queriendo ir a Navaleno.
Con David el sábado,
mientras tu hermano
se viste de amarillo,
curioseando, tumbado.



MI PADRE ERA

Mi padre era un gigante. Subidos sobre sus hombros veíamos el mundo. Un día empezó a encoger. Apenas un milímetro al mes. El médico nos dijo que era una enfermedad incurable. Primero encogía la cabeza, luego le seguía el cuerpo. No sabíamos cómo cuidarlo, sólo quererlo. Así que le llevábamos siempre de la mano, le recordábamos la alegría o le mostrábamos la luz de las estrellas. Él se despertaba a veces perdido y decía:

—¿Por qué ha crecido tanto hoy el mundo? Yo tan pequeñito, vosotros ahora los gigantes.

Daniel Quintana Martín

Sueño con amar sanamente
y despertar viendo un ángel en la madrugada.
Los petas con mis amigos y el atardecer
me hacen resplandecer.



UN PEREGRINO EN LA VIDA

Entro en la sala y todos me observan, o eso creo yo. Me paseo buscando un libro que me pueda entretener, pero nunca antes había estado en esta situación con tanta información, tantas opciones. Mi cerebro se bloquea, me quedo parado mirando a los sofás que hay en medio de la sala y una gota de sudor empieza a deslizarse por mi brazo. Las personas sentadas en las mesas blancas están estudiando, por eso me siento tan fuera de lugar, pero realmente yo soy el que ha ido a la biblioteca a buscar un libro, así que racionalizo mis pensamientos y me dispongo a pensar en que quiero centrarme (porque mi cabeza despistada no ha pensado en los treinta minutos de paseo en qué mundo del universo de la lectura me quiero centrar). Al final me decanto por una película, que es mucho más fácil de entender y así no hago esfuerzos, como siempre. Le entrego la película al bibliotecario y él, con una sonrisa amable y unos ojos azules que desprenden alegría, me dice:

—¿Algo más?

Yo, con alguna que otra duda, niego con la cabeza, le doy las gracias y me voy.

Ya saliendo de la biblioteca empiezo a pensar que hubiese pasado si hubiera intentado leer un libro, algo que llevo sin hacer desde primaria debido a mi dificultad y desinterés por la lectura. Me paro en seco y pienso en voz alta:

—¿Y si lo intento? Total, el tiempo me sobra y tengo ganas.

Dejo los miedos en la basura de la puerta de la biblioteca (los habría tirado al contenedor, pero no soy mucho de reciclar) y subo de nuevo a la sala. Me viene a la cabeza que siempre me ha interesado la filosofía, pero, por circunstancias de mi vida, nunca he empezado.

Con los conceptos básicos de bachillerato a mis espaldas como si fuesen paja, pienso en un autor que me suene de nombre y, finalmente, escojo «Crítica del Juicio», de Immanuel Kant. Tras los treinta minutos de vuelta a casa voy ojeando las finas páginas y dándome cuenta de la gran cantidad de palabras minúsculas que hay, parece que no puedan respirar de lo juntas que están.

Entusiasmado, les enseño a mis padres el libro que me han prestado en la biblioteca. Mi madre se queda atónita ante ese suceso, ya que, desde pequeño, me ha querido meter en el mundo de la lectura y nunca lo ha conseguido y, aunque

tarda un poco en reaccionar, se alegra de que haya dado el paso por mi cuenta. Mi padre sonrío y, seguidamente, me dice que, si me interesa, me puede prestar otros libros introductorios sobre Kant para que me vaya metiendo un poco más en el tema, él siempre se ha esforzado en culturizarse en lo que le gusta y en lo que no le gusta tanto. Yo suelo pensar que cada arruga de su sonrisa aparece cuando explora los mundos de la filosofía, la historia, la literatura, la política y el cine. Mi mayor miedo entra a la vez que mi hermana Paula por la puerta, estoy preparado para lo que se me viene encima: burlas y comentarios sarcásticos sobre mi relación con la lectura. Comienza la primera burla:

—Anda, que pasar de «Los fútbolísimos» a esto es un gran paso —dice Paula con tono sarcástico.

Mi madre se ríe también, pero ella no sabe qué me sienta mal, así que la perdono.

Yo respondo ante la humillación diciéndole que por qué luego se pregunta por qué nos llevamos mal. Paula responde con lo que parece un comentario pasivo, pero siempre con ese tono de voz de superioridad:

—Bueno, si quieres, tengo un libro para los chavales de mi clase que les está encantando.

Solamente os diré que ella da clase a niños de tercero de primaria.

De pronto, vuelven a la cabeza esos pensamientos de incapacidad y decido empezar el libro al día siguiente, porque ahora lo que quiero es sentirme de nuevo cómodo y seguro de que sé lo que voy a hacer y que sé que puedo hacerlo, así que procedo a irme a dormir.

Yago López Alcázar

Vivir de lo que me gusta
en Pirineos o en mi aldeucha
con la ventana abierta
el café negro de por las mañanas.



UNA TARDE CUALQUIERA

La tarde caía sobre el pequeño pueblo con tonos cálidos y dorados que pintaban el cielo. El rumor del río serpenteaba por las calles empedradas mientras un grupo de adolescentes, ansiosos por escapar de la rutina, se dirigía hacia sus orillas. Pablo, Ana, Marta y Jorge llevaban mochilas llenas de risas y la expectativa de una tarde inolvidable.

El sol se ocultaba tras las colinas cuando llegaron al río, cuyas aguas cristalinas reflejaban los últimos destellos de luz. Escogieron un rincón apartado, donde la vegetación ribereña proporcionaba una sombra acogedora. Extendieron una manta sobre la hierba y dejaron que la brisa fresca del atardecer acariciara sus rostros.

La música resonaba desde el altavoz portátil que Pablo había traído consigo. Una mezcla eléctrica de canciones que evocaba recuerdos y promesas de veranos interminables. Los adolescentes compartieron risas y confidencias mientras se sumergían en la melodía de la tarde. Ana, siempre la aventurera del grupo, propuso explorar las orillas del río.

Descalzos y con la ropa enrollada, se adentraron en el agua fresca. El suave murmullo del río acompañaba sus risas y el chapoteo de sus pies. Descubrieron pequeñas islas de piedras donde se sentaron a contemplar el fluir constante de la corriente. Marta, aficionada a la fotografía, sacó su cámara y capturó momentos efímeros: el reflejo de la puesta de sol en el agua, las risas compartidas y la complicidad en las miradas.

Jorge, siempre el bromista del grupo, propuso una competición de saltos desde las rocas. Se dirigieron a una zona más profunda donde las aguas se volvían más oscuras. El sol se ocultaba completamente, pero la luz de la luna comenzaba a iluminar su camino. Animados por la emoción del desafío, cada uno se lanzó desde las rocas con gritos de alegría y salpicaduras de agua que brillaban como estrellas fugaces.

Después de los juegos acuáticos, se sentaron en la orilla para secarse y compartir historias. Contaron anécdotas de la infancia, sueños por cumplir y planes para el futuro. La complicidad entre ellos se fortalecía con cada palabra compartida. La brisa nocturna jugueteaba con sus cabellos mientras observaban las estrellas aparecer una a una en el cielo despejado.

Decidieron encender una pequeña fogata en la playa improvisada. Las llamas danzaban al ritmo de sus risas, iluminando sus rostros con destellos dorados. Sacaron una bolsa de nubes y chocolate, improvisando malabares culinarios para crear sencillas, pero deliciosas, nubes empapadas en chocolate. La combinación de sabores y la calidez del fuego crearon un ambiente acogedor, como si el río y la naturaleza fueran cómplices de su amistad.

La noche avanzaba, pero ninguno quería que la magia de ese día se desvaneciera. Se quedaron allí, junto al río, compartiendo silencios cómodos y miradas que hablaban más que las palabras. Cuando la luna alcanzó su punto más alto en el cielo, supieron que era hora de regresar a casa.

Se despidieron del río con agradecimiento en sus corazones, sabiendo que esta tarde especial quedaría grabada en sus recuerdos como un tesoro.

Mientras caminaban de vuelta al pueblo, la complicidad y la alegría que habían compartido se convirtieron en la chispa que encendería muchas más aventuras en el camino de la vida.